

MICRORRELATOS, RELATOS Y OTROS CUENTOS

Versión reducida (obsequio)

VICENTE MÍNGUEZ



Microrrelatos, relatos y otros cuentos (versión reducida, obsequio).

© de esta edición

BLV EDICIÓN

(en colaboración con PRHC Ltd)

<https://avblv.com>

Tel. +34 917697481

© del texto y cualquier otra edición incluida la presente
Vicente Mínguez

©Diseño de portada

U.N.O.

Quedan prohibidos, de acuerdo a lo establecido por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a la editorial o al autor si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o utilizarlo para cualquier tipo de difusión pública excepto que sea con carácter personal o privado o cualquier otro sin ánimo de lucro y solo con ánimo de difusión, mención o crítica.

DESPEGAR

Todo alrededor tiembla. Estoy a punto de despegar en el primer viaje tripulado a Marte. No dejo de pensar en lo que dejo atrás, quizá para siempre. Mi nuevo hogar está a millones de kilómetros.

Comienza la cuenta atrás. «T menos cien, noventa y nueve, noventa y ocho...». Desde pequeño mi padre decía que era inconstante, que nunca terminaba lo que empezaba. Sin embargo, aquí estoy...

«Setenta y dos, setenta y uno, setenta...». Debe estar revolviéndose en su tumba...

«Treinta y cuatro, treinta y tres...». Han sido años de duro trabajo hasta lograrlo...

«Veintidós, veintiuno...». Todo, por querer demostrarle que yo no soy la persona indecisa que él creía.

«Diez, nueve, ocho...».

–¡Houston, tenemos un problema! ¡Abortar lanzamiento!
¡Repito, abortar lanzamiento!

–¡¡Despegue abortado!! Cápsula, aquí centro de control.
¿Cuál es el problema?

–Houston, aquí el piloto. El problema soy yo; mi padre
tenía razón.

NAUFRAGIO (SALVAR LA VIDA)

La madera crujía con cada sacudida del terrible viento que volcaba la esperanza en las embestidas de las enormes olas que producía. El anhelo de salvación de los tripulantes se escoraba tanto como lo hacía el barco con cada envite del mar.

Finalmente, sobre cientos de chasquidos que recordaban al crujir de grandes ramas partiéndose por la mitad, la nave zozobró hasta quedar flotando invertida en el mar. No se hundió, pues el agua no llegó a alcanzar la totalidad de la nave. El líquido no pudo vencer al aire, que resistió en casi todos los espacios inmediatos soportados por la quilla (columna vertebral que recorre la embarcación por su zona central en la parte inferior).

Aquella tragedia se recordaría por decenios. Murió el capitán, el armador, los asesores que viajaban con él, todos los oficiales, los suboficiales y los pasajeros de primera -y cualquier ganapán que los siguiese-. Fallecieron también los de segunda y de tercera clase, el personal de servicio, las criadas, los criados sin verdadero miramiento, los músicos de la orquesta... Perdieron la vida mujeres bellas en plena juventud, mujeres mayores en plena ancianidad,

personas ricas, pobres, feas, agraciadas, sonrientes, quejumbrosas, silentes, dicharacheras, enfermizas, saludables, creyentes, ateas, partidarias de una ideología o de cualquier otra... Murieron casi todos.

Solo se salvaron de morir ahogados, o heridos por la violencia del empellón, unos pocos; los encerrados en sentina y calabozos, junto con algunos fogoneros que posibilitaban verdaderamente el avance de la nave.

En realidad, solo sobrevivieron aquellos que habitaban, como en cualquier viaje similar, la zona más profunda e inhóspita de la nave, quizá la más sucia y difícil de soportar, pero que les permitió salvar la vida como no imaginaban ninguno de ellos antes de partir; ni los que perecieron ni los que no lo hicieron.

ME VOY CONTIGO

–Es demasiado el tiempo que hemos pasado juntos. Al principio todo iba bien, pero ahora las cosas han cambiado. Yo he cambiado, tú has cambiado, lo que nos decimos no es lo mismo y lo que pensamos no somos capaces de expresarlo. Es tiempo de cambiar de verdad.

–¿Qué quieres decir?

–Me voy.

–¿Adónde vas?!

–Me marcho de esta casa. Iré a cualquier sitio lejos de aquí. ¡No aguanto más esta situación!

Ella tomó dos maletas que esperaban en el suelo junto a la puerta. El hombre miró a la mujer con la que había compartido los últimos quince años de vida. Le dijo con voz clara y segura:

–¡Espera! ¡Yo tampoco aguanto más! Me voy contigo.

HONRAR LA VICTORIA

Hace muchos siglos, un ejército belicoso, liderado por el sanguinario Tamelk, atacó a otro mucho menor en número y armamento, violando los pactos previos.

Los atacantes llegaron a diezmarles y a cercarles en una pedregosa colina, donde se refugiaron las tropas sorprendidas bajo el mando del viejo capitán Aresides y su joven ayudante, Luselio.

Aresides ordenó fortificar el emplazamiento en lo alto, rodeándose de pesadas rocas que colocaron en el borde de la estrecha planicie que coronaba la cima. Esperaban que los atacasen en cualquier momento, ya que sus fuerzas escaseaban tanto como el número de soldados y de armas.

Tamelk, el cruel general, se sentía humillado por la contumaz resistencia que ofrecía un viejo e insignificante capitán que ni siquiera pensó en rendirse, a pesar de que no tenía posibilidad de salir con bien y de que con el primer ataque sería exterminado sin piedad.

Envío mensajeros a los sitiados para ofrecerles rendición. Si la aceptaban, perdonaría sus vidas a cambio de la esclavitud; si rechazaban el ofrecimiento, serían destrozados de la forma más salvaje y atroz.

Luselio aconsejó a Aresides la rendición, ya que tendrían una posibilidad de volver a luchar otra vez. Su superior lo pensó durante unos minutos mientras los enviados de Tamelk le urgían una respuesta. Luselio presionaba a Aresides para que aceptara la capitulación.

Finalmente, el capitán habló. Se dirigió a los tres enviados de los que les cercaban: "Dile a esa bestia inmunda y traidora, que es vuestro señor, que no nos rendiremos ante una chusma capaz de seguir a un loco sediento de sangre, poder y riquezas, incapaz de luchar en igualdad de condiciones. Mucho menos creo que Tamelk pueda guiar a una piara de cobardes y serviles aduladores como sois cada uno de vosotros, tan culpables como él por agasajar a quien no merece ni el desprecio".

Los emisarios se retiraron, profiriendo maldiciones contra aquellos insensatos que, además de negar la rendición, osaron insultarles de manera tan hiriente. Cuando regresaron a su campamento y repitieron palabra por palabra la contestación de Aresides, los soldados del bárbaro Tamelk se enfurecieron tanto o más que su señor, que ordenó atacar sin tardanza ni espera a un plan para hacerlo.

El ejército de Tamelk avanzó velozmente montaña arriba. Luselio temblaba al verlos acercarse; sabía que aquel suicidio no infligiría una sola baja en el enemigo, dada la desproporción de fuerzas y de armamento.

Aresides esperó hasta que llegaron a la mitad de la ascensión. Ordenó que hicieran rodar ladera abajo las piedras que les servían de parapeto. Las rocas cayeron de forma escalonada y rodaron pendiente abajo con gran violencia y estrépito. Arrastraron muchas más en su descenso, hasta matar a un gran número de atacantes, herir a otros, desconcertar a los que quedaron en pie y poner en fuga a los que más suerte tuvieron cuando Tamelk cayó al suelo con el cráneo partido.

Luselio y el resto de su ejército saltaban y gritaban llenos de júbilo. El viejo capitán se acercó a su joven oficial e interrumpió la celebración para dar una nueva orden: volverían a colocar cada piedra en el mismo emplazamiento que ocupara antes de que ellos las removieran.

Los hombres dudaron de la razón de aquella orden. Llenos de alborozo como estaban, acataron la disposición recibida. El cometido resultaría trabajoso y se tardarían días en elevar poleas, construir rampas y situar las decenas de rocas en el mismo lugar de antes para que la hechura de la colina permaneciera intacta hasta que la propia Tierra decidiera.

Luselio no entendía el porqué de aquella orden. Aresides se acercó a su joven oficial y le hizo una pregunta: "¿Quién crees que ha sido el que ha conseguido esta gran victoria?".

Luselio contestó sin dudar: "Usted y su alocada estrategia, de la que se hablará en los siglos venideros".

Aresides negó con la cabeza y volvió a preguntar lo mismo. Luselio pensó que Aresides le planteaba un acertijo. Respondió entonces que fueron las piedras en movimiento las que lograron la victoria.

Aresides negó de nuevo y, ante el rostro de incredulidad de su ayudante, dijo: "La victoria se la debemos agradecer al suelo que pisamos, a esta colina que desde hoy será montaña, porque, quieta y silenciosa, permitió con su pobre inclinación y altura que las rocas rodaran por su ladera. Es a ella a quien debemos la vida y es ella la que debe ser honrada como ahora hacemos al devolverle el esplendor que nos permitió la imposible victoria".

MICROS

HOMENAJE A MONTERROSO

Cuando despertó, la vida todavía estaba allí.

SUICIDIO ACCIDENTAL

La bala que lo mató salió de su propia arma, al rebotar en la placa de titanio insertada en la cabeza de la que iba a ser la víctima.

INVIERNO

El invierno llegó en ese instante con el frío de su mirada indiferente.

YA VERÁS

Cuando tenía quince años mantuve una seria discusión con mi padre y un viejo vecino del pueblo. No podía entender cómo no veían lo que para mí era claro. Un sabio amigo de mi abuelo terció en la disputa y me dijo: "cuando tengas cincuenta años, verás". Hoy he cumplido setenta años y sigo sin ver nada.

DEJARSE LLEVAR

La corriente lo arrastró mar adentro, depositándolo a salvo en otra orilla.

EN LO PROFUNDO DEL BOSQUE

En lo profundo del bosque, hace tiempo, vivía una anciana que creaba pociones y ungüentos.

El camino hasta su cabaña serpenteaba junto a un arroyo que los lugareños creían maldito sin saber por qué. Solo aquellas personas que padecían alguna dolencia muy grave se atrevían a visitarla.

El último en hacerlo, al que llamaban «el sapo», no volvió. Los aldeanos culparon a la anciana.

Las autoridades del lugar decidieron enviar una patrulla ciudadana para averiguar lo ocurrido. Fue arrestada y condenada a morir en la hoguera al no ser creídas sus explicaciones.

Cuando «el sapo» regresó de cazar, no encontró a la anciana. Había convenido con ella ayudar en las tareas si le transmitía sus conocimientos, ya que le pareció sorprendente la rapidez con la que lo sanó a base de infusiones de plantas. El hombre esperó semanas su vuelta.

Finalmente, retornó al poblado. Denunció con gran enojo y preocupación la desaparición de la mujer.

Por vergüenza, o por ocultar el error, nadie del poblado dijo nada sobre lo sucedido.

El camino junto al arroyo fue clausurado, al ser considerado por la autoridad un lugar endemoniado en el que desaparece gente sin dejar rastro.

Así se cree desde entonces, a partir de la desaparición de «el sapo», momento en el que se empezaron a crear escritos de su tragedia, que se convirtió en historia acusatoria de la anciana bruja que vivía en lo profundo del bosque.

Microrrelatos, relatos y otros cuentos (versión reducida, obsequio).

© de esta edición
PRHC Editores - BLV EDICIÓN
<https://avblv.com>
Tel. 917697481

© del texto
Vicente J. Mínguez Muñoz

©Diseño de portada
U.N.O.

Quedan prohibidos, de acuerdo a lo establecido por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a la editorial o al autor si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o utilizarlo para cualquier tipo de difusión pública excepto que sea con carácter personal o privado o cualquier otro sin ánimo de lucro y solo con ánimo de difusión, mención o crítica.